

Reflexión ética

Bioética y experiencia de duelo José García Férrez

Todos somos conscientes, en menor o mayor medida, de que estamos abocados irremediablemente a morir algún día, de que ninguno escaparemos a la muerte, ni aún cuando pasemos nuestra existencia huyendo o evitando pensar en ella. Pero ver morir a una persona puede llevarnos a caer en la cuenta tanto de esta certeza ineludible, profundamente ligada a la condición humana, como de lo que de verdad importa en la vida, que muchas veces son cosas distintas a las que habitualmente buscamos.

Una de las certezas más absolutas y universales que podemos advertir es la seguridad del morir humano, de ahí que tengamos, por de pronto, el deber ético de llenar el espacio y el tiempo que nos toca vivir de contenido personal, es decir, de hechos, de obras y de acciones que nos posibiliten ser nosotros mismos y ser felices en y desde ellas. Pero no basta sólo con hacer cosas o comportarse de un modo éticamente determinado, sino que hemos de actuar desde un horizonte de sentido, desde un proyecto concreto de personalidad y desde la aspiración a llegar a ser lo más genuinamente felices que podamos, con nosotros mismos y con los demás.

Así, ante la necesidad de articular un modo de vida acorde al sentimiento que provoca la inevitabilidad de la muerte, propia o ajena, y de tomar contacto con dicha idea o con el sufrimiento de ver morir a alguien querido, vamos a intentar recorrer la experiencia de duelo desde los prismas de la muerte y de la vida, para proponer una pedagogía bioética ante la muerte y el duelo

Muerte y duelo

Si alguien nos pregunta si tenemos miedo a la muerte, claramente diremos que sí, al menos en líneas generales; pero si alguien nos interroga acerca de cómo afrontar la muerte de otro, podemos entregarnos a un silencio cuando menos respetuoso. La muerte del otro nos plantea el porqué hemos de morir, el qué significa la muerte y el qué hay después de dicha realidad. Más aún, el sentimiento de duelo induce, de algún modo, a creer en una vida más allá de ésta, o en una realidad divina o religiosa por encima de la propia muerte.

El ser humano es el único ser que es conciente de la muerte, es el único animal que percibe la muerte de otros y la suya propia. Asimismo, también muestra un comportamiento singular a la hora de simbolizar o ritualizar la despedida y el sufrimiento provocado por el sentimiento de duelo. Como *Homo sapiens*, también participamos de la conciencia, religiosa o metafísica, de una vida ultraterrena y de una posible pervivencia del espíritu tras la muerte. Este inaccesible más allá, impulsado por las creencias y convicciones personales de cada uno, puede servir de justificación para pensar y luchar por un presente profundamente humano.

Vida y duelo

El filósofo Spinoza apuntó en uno de sus escritos que "los sabios piensan en la vida, no en la muerte" y quizá tenga razón, pero también es cierto que pensar en la muerte ayuda o puede ayudar a vivir mejor o, al menos, de un modo más pleno y feliz. De hecho, entender la vida desde la experiencia del duelo, puede resultar bastante difícil, pero es necesario partir de la exigencia de querer seguir viviendo, de aceptar esta realidad como

algo propio de la existencia humana, de descubrir el misterio de "tocar fondo" ante la muerte del otro, de redefinir nuestra propia visión de la muerte y de intentar, si es posible, dar algún sentido trascendente a la misma.

La muerte cierra y completa el ciclo de la vida, pero el recuerdo y el legado que una persona puede dejar a los demás no termina con la muerte. Existe, pues, un vínculo íntimo entre duelo y amor, esto es, la mejor huella que uno puede dejar en esta vida, en mi modesta opinión, es el amor que ha tenido o mostrado hacia los otros, especialmente cuando éste se concentra en personas concretas y cercanas.

La muerte de un ser querido deja a los deudos anonadados, desamparados, aturcidos e incluso hasta vacíos, dado que perciben la imposibilidad de volver a sentir la mirada del ser querido, de volver a tocar su cuerpo o de escuchar sus palabras. Esa pérdida irreparable suele ser dolorosa y traumática para la familia, los amigos y la gente que estimaba o quería al fallecido. El duelo pasa a ser un castigo durísimo de soportar para los deudos, ya sea fruto de una muerte repentina o fulminante, o de una muerte más o menos esperada.

Por otro lado, hay que decir que existen muertes repentinas que provocan un duelo casi impuesto y otras muertes más anticipadas o esperadas, que provocan un duelo más personalizado, sin embargo, no hay un único tipo de duelo, sino tantos como personas y circunstancias hayan.

Bioética y duelo

Sabemos que vivimos muriendo continuamente y morimos viviendo hasta el final, pero tan importante es el poder tener una larga vida biológica, como el perpetuar nuestra vida biográfica en los demás. Lo primero puede acarrear el problema ético de determinar si morir antes de tiempo o después del tiempo debido es justo o no, mientras que lo segundo equivale a determinar cuánto tiempo vamos a vivir en la mente, en el corazón o en la conciencia social de nuestros semejantes. Para alcanzar ésta última concepción, la bioética personalista tiene mucho que hacer y que plantear en el tema del duelo.

En este sentido podríamos apuntar, bajo nuestra modesta visión y reflexión sobre este tema, que atravesar por la experiencia de duelo es una invitación a pasar por la vida de otro modo o, en palabras del moralista Francisco J. Alarcos, a reconstruir la morada personal con sentido, esto es, a aprender a dotar de un sentido nuevo y distinto nuestra vida y nuestro mundo a pesar del duelo. Así pues, proponemos una pedagogía bioética de la muerte y del duelo, donde se aprenda el arte de entender nuestra muerte y la de otros, la sabiduría de valorar lo importante de la vida y la conciencia de que hay vida a pesar de la muerte y después de ella.

La muerte prematura

La muerte siempre se nos impone como algo injusto, como algo no deseado, pero puede resultar mucho más terrible, absurda e inaceptable cuando el fallecido es un niño o un adolescente. Ante este duro hecho, que cuando ocurre suele soterrar el sentido de la vida de los padres de dichos niños o jóvenes, es muy complejo y difícil dar una alternativa de consuelo o de apoyo. El duelo aquí va unido a la muerte en vida, a la amputación para siempre de una parte de sí mismos, a la desesperanza ante la vida que podría haber vivido y que ya no tendrá oportunidad de hacerlo junto a ellos. Afrontar este duelo supone, a buen seguro, la necesidad de buscar una razón vital que tenga algo que decir ante el ¿para qué vivir ya? y apueste por el ¿cómo vivir a partir de ahora? Un proceso de duelo tan demoledor como éste, marca un antes y un después en la vida de los padres, y ello hace que debemos plantearnos con seriedad las preguntas. ¿Hasta qué punto se

CENTRO SAN CAMILO
VIDA Y SALUD
NO. 17 (2005)

puede superar la muerte de un hijo? ¿Es posible tal superación? y ¿cómo llevarla a cabo? Pero no sólo es necesario encontrar respuestas o modos de salir de dicho pozo, sino evitar sufrir sin sentido o innecesariamente.